

**Manual de Ateología:
16 Personalidades colombianas explican por que no creen en Dios.**

José Manuel Acevedo M., editor. Bogotá: Tierra Firme Editores S.A., 2009. \$32.000. Pap. 192pp. ISBN 978-958-95581-2-6.

Indudablemente el tema acerca de Dios sigue en vigencia, tanto para sus seguidores como sus detractores, muestra de ello es la abundante literatura moderna que está disponible. El movimiento conocido como “Nuevo Ateísmo”, expuesto principalmente por Richard Dawkins, Christopher Hitchens, Sam Harris y Daniel Dennet, ha alcanzado niveles de popularidad sin precedente alguno dentro y fuera del mundo angloparlante, y esto ha sido el elemento catalizador para que muchos pensadores se animen a expresar sus convicciones ateas públicamente. El turno ahora es para varias personalidades colombianas quienes nos presentan formalmente, en “Manual de Ateología” (MA), una muestra de su pensamiento en contra de la existencia de Dios.

El panel de autores convocados incluye prodigiosos escritores como Héctor Abad Faciolince y Gustavo Álvarez Gardezabal; políticos de la talla de Humberto de la Calle y Carlos Gaviria Díaz; académicos como Juan Manuel Charry y Alejandro Gaviria; empresarios exitosos como Tito Livio Caldas –quien a su vez es el presidente editorial de la casa editora que publica el libro- y periodistas como Felipe Zuleta y Carlos Daguer. La lista de notables la completan Florence Thomas, Ana Margarita López, José Arizala, Daniel Samper Ospina, Antonio Vélez, Andrés Mejía Vergnaud, y Eduardo Arias.

El libro consta de siete secciones principales que incluye los títulos de cada ensayo escrito por los autores. Esta división hace fácil la lectura y le permite al lector comenzar y terminar donde más se concentre su interés, ya sea ateísmo y su argumentación desde la ciencia, la política, el humor, etc. MA es un libro escrito en lenguaje sencillo y claro con lo cual se abarca un segmento significativo de lectores que incluye principalmente a aquellos que no tienen un bagaje académico concerniente a la discusión sobre la existencia de Dios.

El libro es relativamente corto, son 180 páginas, incluyendo un notable error de conteo en las primeras hojas de su tercera edición. Los capítulos son en muchos casos exageradamente cortos lo cual pudiera entenderse como una decisión editorial en base a espacio –falta del mismo- o un triunfalismo injustificado de parte de algunos de los autores. Si la razón es la primera entonces la mejor decisión podría haber pasado por reducir el número de personalidades invitadas, en vez de reducir el espacio para argumentar con mayor profundidad sus ideas; si la razón es la segunda, se entendería como un eco al tono triunfalista y de exagerada presunción que se lee en el prefacio, donde Tito Livio Caldas asume *a priori* como un hecho lo que debe probarse, esto es, la victoria del ateísmo dentro de la comunidad científica, y advierte que después de leer el libro, el creyente no podrá “volver a dormir tranquilo en la tradicional quietud de su fe”.

La publicidad dada en los medios de comunicación, previo a la publicación del libro, preveía un manual lleno de contundentes argumentos filosóficos, históricos, científicos y teológicos en contra de la existencia de Dios; no obstante, el libro contiene poco o nada de lo prometido – con algunas minúsculas excepciones- y más bien es un recuento de las experiencias y gustos, o disgustos, personales que llevaron los autores a sus actuales estados de escepticismo. El lector esperaba que un manual de ateología enfilara sus baterías contra toda forma de teísmo, pero este no es el caso de este MA; cuando lo hace, es de manera tímida, a no ser que la arremetida vaya dirigida contra el cristianismo y en particular contra el catolicismo romano. En este punto es importante notar que varios de los autores caen en lo que se denomina un error categórico pues parecen asumir que una vez se rechaza alguna práctica de la tradición católica romana, por considerarla irracional o poco convincente, entonces todo el teísmo en general debe ser rechazado. Igualmente, es importante señalar que mientras se pretende ridiculizar y menospreciar a los teólogos, ninguna de las personalidades en el libro interacciona seriamente con los argumentos de ninguno de ellos, antiguos o contemporáneos.

Capítulos como el escrito por el ingeniero Vélez, pareciera querer emular en algunos apartes la retórica y el estilo de Richard Dawkins. Vélez, al igual que Dawkins, muestra gran agresividad pero un conocimiento muy pobre con respecto a la teología clásica cristiana a la que pretende ridiculizar; por consiguiente, gran parte de sus críticas terminan siendo una argumentación en contra de una caricatura de Dios.

Es muy interesante notar que desde el párrafo inicial Vélez afirma que “Dios es una quimera...”, es decir presupone desde el principio la no existencia de Dios, algo que supuestamente debería argumentar a lo largo de su ensayo. Dios no es comprensible, dice Vélez, pues el hombre no puede imaginar ni experimentar los atributos que Dios posee. El problema con este tipo de argumentación es doble; por un lado, si aplicáramos la misma lógica para otras cosas en la naturaleza, como por ejemplo los números reales, tendríamos que afirmar que la infinitud de los mismos es también una “quimera” pues ningún ser humano ha experimentado nunca tal infinitud. Por otro lado, es completamente errado asumir que Dios es únicamente comprensible por medio de “representaciones icónicas”. Un simple vistazo al relato bíblico bastaría para notar que ningún icono, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, fue necesario para entender lo que Dios había revelado ser. Es más, la prohibición contra toda figura que represente la divinidad en un contexto litúrgico de adoración es una constante en las escrituras cristianas. Se queja el ingeniero Vélez del teólogo cristiano por violar la ley de la no-contradicción en sus afirmaciones, la lógica del “sí pero no”, y por supuesto de ser esto cierto todos nos deberíamos unir al reclamo; no obstante, es poco probable que algún teólogo cristiano haya jamás afirmado que “Dios no puede intervenir en asuntos humanos, pues atentaría contra la libertad que nos dio”, la sola afirmación, evaluada a la luz de las innumerables intervenciones divinas que narran las escrituras, es simplemente insostenible.

Desconozco quien o quienes hayan sido los interlocutores teológicos que Vélez ha tenido, pero formular la pregunta de “¿Por qué aceptamos que el creador no requiere creador?” ofreciendo la conclusiva respuesta de “Nadie da respuestas sensatas” sin siquiera mencionar e interactuar con el concepto de *aseidad* como atributo divino, dice mucho... o mejor muy poco. De acuerdo a Vélez, es absurdo que Dios pudiera existir antes del universo pues el espacio y el tiempo se

inician con la materia, pero lo absurdo es pretender que Dios esté sujeto a la relación espacio-tiempo, ¿acaso teológicamente no es Dios, por definición, atemporal y espíritu en su estado puro? Algunas de las preguntas que Vélez debería responder podrían ser: ¿Qué efecto tendría el tiempo en un ser ontológicamente eterno y cuál sería el espacio que un espíritu pudiera ocupar en el universo? Finalmente, Vélez afirma que algunos creyentes creen que “sin Dios no existiría la moral”, una vez más se confunde lo dicho por el teísmo cristiano. El argumento no pasa por negar que un ateo pueda ser moral o ético, más bien pasa por el hecho de que aparte de Dios no existe base -justificación epistemológica- para afirmar valor moral alguno. La lista de concepciones teológicas sobre Dios en el ensayo de Vélez, que son ajenas a la descripción bíblica clásica, es larga pero este espacio no permite comentar sobre todas ellas. En vista de lo anterior sería conveniente sugerirle al ingeniero Vélez algo en sus propios términos: Cristianismo 101: Teología Básica para Dummies.

En contraste con el estilo empleado por Vélez, el ensayo de Humberto De La Calle, es mucho más sosegado en tono y académicamente más sostenible, además de estar muy bien escrito. De La Calle, correctamente afirma la imposibilidad de probar la existencia o no existencia de Dios –por lo menos científicamente- y de esa afirmación estructura su postura escéptica. Principalmente encuentro criticable el hecho de que gran parte de este capítulo se centra en discrepancias contra ciertos elementos propios del catolicismo romano y no en contra de la posible existencia de Dios; es decir, no se distingue entre una institución conformada por humanos y el Dios que dicen representar. El punto es que no necesariamente las fallas de una organización nos obligan a concluir la no existencia del ser que tal organización cree representar simplemente basado en el hecho de que la representación mencionada es cuestionable. Finalmente, es interesante el concepto de ética laica que De la Calle plantea basada en la dignidad humana; no obstante, la pregunta para esa ética laica sería, ¿en base a qué, debe un laico asumir que la “dignidad humana” es algo bueno?

El ensayo presentado por Héctor Abad Faciolince, que se encuentra en el libro bajo la categoría de “Mansos y Agnósticos”, es una lectura obligada para aquellos que admiramos el buen escribir. A pesar de mi gran admiración hacia el escritor no puedo dejar de discrepar con el ateísmo manso que este plantea. En primer lugar, quedé intrigado de leer cuáles eran esos poderosos argumentos lógicos y científicos que Abad Faciolince esgrimía en sus viejos tiempos de ateo radical, él no los menciona. Abad Faciolince expresa su convicción de no creer en que la carga de la prueba de la no existencia de Dios recaiga sobre su ateísmo pues, dice él, es aquel que cree en unicornios o en Dios es quien está obligado a demostrar su existencia, esta variación del ateísmo se conoce como “ateísmo negativo”. Uno de los problemas elevados por algunos filósofos contra esta postura descansa en el hecho básico de que el simple debate sobre la existencia de Dios presupone en la mente del ateo la idea de Dios mismo, de otra manera resultaría absurda la discusión. Es importante notar que tanto el ateo como el teísta formulan declaraciones positivas acerca de la naturaleza del universo y por ende ambos tienen la carga de la prueba en sus hombros; es decir, que así como el teísta tiene la obligación de proveer pruebas que indiquen la existencia de Dios, el ateo tiene la obligación de presentar pruebas positivas de la no existencia del mismo y no simplemente se debe limitar al rechazo de las pruebas positivas del teísmo. Es interesante notar que Abad Faciolince, apoyado en el ya

fallecido y controversial filósofo de ciencia Sir Karl Popper, escribe: “Afirmaciones no falseables, en el sentido popperiano del término, no pueden exponerse en clase de ciencias.”, y por ende, concluye, el creacionismo no puede ser aceptado “en una clase de biología”. Irónicamente, en su autobiografía Popper afirmó que “He llegado a la conclusión de que el Darwinismo no es una teoría científica comprobable sino un programa de investigación metafísico.”

La sección escrita por el reconocido político Carlos Gaviria Díaz es uno de los ejemplos más claros de injustificada brevedad en el libro. ¡Su aporte es de menos de 3 páginas! Con excepción de un argumento tomado de Bertrand Russell, en el que la injusticia del mundo es usada para probar la no existencia de Dios, (a lo que creyentes cristianos como C.S. Lewis han respondido algo como ¿de qué manera conocemos y juzgamos que algo es injusto sin asumir que existe un patrón de justicia universal?), Gaviria no argumenta en contra de la posible existencia de Dios, simplemente exhorta a otros al “desafío” de vivir “justa y decentemente” sin la necesidad de un dios como dador de leyes morales absolutas.

Esperé con expectativa el ensayo de Tito Livio Caldas, ya que la publicidad hecha en medios de comunicación, y el prefacio del libro advertían de una serie de argumentaciones prácticamente devastadoras en contra del teísmo. La decepción fue proporcional a la expectativa creada. Don Tito Livio en su ensayo simplemente se limita a reformular los argumentos de quien es objeto de su gran admiración, Richard Dawkins. Al parecer Caldas no solo sigue la argumentación de Dawkins sino también su metodología. Esto queda claro al leer que Caldas también inicia su argumentación proponiendo la falsa disyuntiva entre Dios o Ciencia. La idea vedada en este punto es simplemente la de hacer creer que aquella persona que profese creer en Dios no puede ser alguien distinto a un ignorante, retrogrado y oscurantista, mientras que aquella persona que asuma no creer en la existencia de Dios es altamente educado, ético, y progresista. La falacia de la anterior disyuntiva es demostrable haciendo un análisis histórico acerca de cómo y quienes dieron luz a lo que hoy llamamos ciencias modernas. Melvin Calvin, premio Nobel de bioquímica en 1961 escribe acerca de la convicción que la ciencia solo es posible en un universo ordenado y por tanto, “... el universo es gobernado por un Dios único... esta postura monoteísta pareciera ser la fundación histórica de la ciencia moderna.” Igualmente John Lennox, el profesor de Oxford, quien ostenta triple doctorado en ciencias, menciona en este punto, que no debemos olvidar las raíces de la ciencia y que científicos de la talla de Galileo, Kepler, Pascal, Boyle, Newton, Faraday, Babbage, Mendel, Pasteur, Kelvin, fueron todos teístas, y la gran mayoría cristianos. Si bien hoy en día existe una mayoría atea dentro de la comunidad científica, que incluso ha segregado a aquellos científicos que no profesen su mismo naturalismo filosófico, lejos está el ateísmo de ser un requisito para practicar cualquier ciencia. Algunos científicos de primer nivel que creen en la existencia de Dios, y que por ende rechazarían lo afirmado por Caldas, incluyen entre otros a: Sir Brian Heap, antiguo vicepresidente de la Sociedad Real (La academia de ciencia en el Reino Unido); Michael J. Behe, doctorado en bioquímica; Profesor John C. Lennox, ponente de matemáticas en Oxford University; Sir John Houghton, antiguo director de la oficina de meteorología británica; Francis Collins, antiguo director del proyecto del genoma humano; Hugh Ross, doctorado en astronomía; y el Profesor Bill Phillips, premio Nobel de física en 1997.

Aparte de los capítulos ya mencionados de este MA, merecen atención las partes escritas por Alejandro Gaviria, Carlos Daguer, y Andrés Mejía Vergnaud. El primero por contener breves pero interesantes referentes filosóficos sobre el tema en cuestión; el segundo, por que considero que a pesar de una serie de objetables afirmaciones e imprecisiones teológicas, contiene preguntas honestas que culminan con un espacio para la duda; y el tercero, por la curiosidad de que se escribe en tercera persona en forma de relato y contiene algunas descripciones doctrinales cercanas a las afirmadas por el cristianismo bíblico.

En resumen, y retomando lo leído en el prefacio para una evaluación final, considero sinceramente que nadie después de leer el libro se beneficiará de argumento alguno para sustentar la afirmación que la ciencia y Dios son incompatibles, mucho menos creo que algún creyente medianamente educado en la fe vaya a padecer de mucho insomnio.

Julián Gutiérrez B.Sc, M.A.
Talbot School of Theology